

Prólogo de Zaratustra

11

Cuando Zaratustra tenía treinta años² abandonó su patria y el lago de su patria y marchó a las montañas. Allí gozó de su espíritu y de su soledad y durante diez años no se cansó de hacerlo. Pero al fin su corazón se transformó, - y una mañana, levantándose con la aurora, se colocó delante del sol y le habló así:

«¡Tú gran astro! ¡Qué sería de tu felicidad si no tuvieras a aquellos a quienes iluminas!

3.

Durante diez años has venido subiendo hasta mi caverna: sin mí, mi águila y mi serpiente⁴

te habrías hartado de tu luz y de este camino.

Pero nosotros te aguardábamos cada mañana, te liberábamos de tu sobreabundancia y te bendecíamos por ello. ¡Mira! Estoy hastiado de mi sabiduría como la abeja que ha recogido demasiada miel, tengo necesidad de manos que se extiendan.

Me gustaría regalar y repartir hasta que los sabios entre los hombres hayan vuelto a regocijarse con su locura, y los pobres, con su riqueza.

Para ello tengo que bajar a la profundidad: como haces tú al atardecer, cuando traspones el mar llevando luz incluso al submundo, ¡astro inmensamente rico!

Yo, lo mismo que tú, tengo que *hundirme en mi ocasos*, como dicen los hombres a

quienes quiero bajar. ¡Bendíceme, pues, ojo tranquilo, capaz de mirar sin envidia incluso

una felicidad demasiado grande!

¡Bendice la copa que quiere desbordarse para que de ella fluya el agua de oro llevando

a todas partes el resplandor de tus delicias!

¡Mira! Esta copa quiere vaciarse de nuevo, y Zaratustra quiere volver a hacerse hombre.

»

- Así comenzó el ocaso de Zaratustra(...)

¹ Así habló Zaratustra reproduce literalmente el aforismo 342 de *La gaya ciencia*; sólo «el lago Urmi»,

que allí aparece, es aquí sustituido por «el lago de su patria». El mencionado aforismo lleva el título *Incipit*

tragedia (Comienza la tragedia) y es el último del libro cuarto de *La gaya ciencia*, titulado *Sanctus Januarius* (San Enero).

² Es la edad en que Jesús comienza su predicación. Véase el *Evangelio de Lucas*, 3, 23: «Éste era Jesús, que al empezar tenía treinta años». En el buscado antagonismo entre Zaratustra y Jesús es ésta la primera de las confrontaciones. Como podrá verse por toda la obra, Zaratustra es en parte una antífuga de Jesús. Y

así, la edad en que Jesús comienza a predicar es aquella en que Zaratustra se retira a las montañas con el fin

de prepararse para su tarea. Inmediatamente después aparecerá una segunda contraposición entre ambos:

Jesús pasó sólo cuarenta días en el desierto; Zaratustra pasará diez años en las montañas.

³ Zaratustra volverá a pronunciar esta misma invocación al sol al final de la obra. Véase, en la cuarta parte,

El signo.

⁴ Los dos animales heráldicos de Zaratustra representan, respectivamente, su voluntad y su inteligencia.

Le harán compañía en numerosas ocasiones y actuarán incluso como interlocutores suyos,

(...)

Los discursos de Zaratustra

De las tres transformaciones

Tres transformaciones del espíritu os menciono: cómo el espíritu se convierte en camello, y el camello en león, y el león, por fin, en niño.

Hay muchas cosas pesadas para el espíritu, para el espíritu fuerte, de carga, en el que habita la veneración: su fortaleza demanda cosas pesadas, e incluso las más pesadas de todas.

¿Qué es pesado?, así pregunta el espíritu de carga, y se arrodilla, igual que el camello, y quiere que lo carguen bien. ¿Qué es lo más pesado, héroes?, así pregunta el espíritu de

carga, para que yo cargue con ello y mi fortaleza se regocije. ¿Acaso no es: humillarse

para hacer daño a la propia soberbia?

¿Hacer brillar la propia tontería para burlarse de la propia sabiduría?

¿O acaso es: apartarnos de nuestra causa cuando ella celebra su victoria? ¿Subir a altas

montañas para tentar al tentador?³⁷

¿O acaso es: alimentarse de las bellotas y de la hierba del conocimiento y sufrir hambre

en el alma por amor a la verdad? ¿O acaso es: estar enfermo y enviar a paseo a los consoladores, y hacer amistad con sordos, que nunca oyen lo que tú quieres?

¿O acaso es: sumergirse en agua sucia cuando ella es el agua de la verdad, y no apartar

de sí las frías ranas y los calientes sapos?

¿O acaso es: amar a quienes nos desprecian³⁸ y tender la mano al fantasma cuando quiere causarnos miedo?

Con todas estas cosas, las más pesadas de todas, carga el espíritu de carga:

semejante al

camello que corre al desierto con su carga, así corre él a su desierto.

Pero en lo más solitario del desierto tiene lugar la segunda transformación: en león se

transforma aquí el espíritu, quiere conquistar su libertad como se conquista una presa y ser señor en su propio desierto.

Aquí busca a su último señor: quiere convertirse en enemigo de él y de su último dios,

con el gran dragón quiere pelear para conseguir la victoria.

¿Quién es el gran dragón, al que el espíritu no quiere seguir llamando señor ni dios?

«Tú debes» se llama el gran dragón.

Pero el espíritu del león dice «yo quiero».

«Tú debes» le cierra el paso, brilla como el oro, es un animal escamoso, y en cada una

de sus escamas brilla áureamente «¡Tú debes!».

Valores milenarios brillan en esas escamas, y el más poderoso de todos los dragones

habla así: «todos los valores de las cosas - brillan en mí».

«Todos los valores han sido ya creados, y yo soy - todos los valores creados. ¡En verdad,

no debe seguir habiendo ningún “Yo quiero!”» Así habla el dragón.

Hermanos míos, ¿para qué se precisa que haya el león en el espíritu? ¿Por qué no basta

la bestia de carga, que renuncia a todo y es respetuosa?

Crear valores nuevos - tampoco el león es aún capaz de hacerlo: mas crearse libertad

para un nuevo crear - eso sí es capaz de hacerlo el poder del león.

Crearse libertad y un no santo incluso
 frente al deber: para ello, hermanos
 míos, es preciso
 el león.
 Tomarse el derecho de nuevos valores -
 ése es el tomar más horrible para un
 espíritu de
 carga y respetuoso. En verdad, eso es
 para él robar, y cosa propia de un
 animal de rapiña.
 En otro tiempo el espíritu amó el «Tú
 debes» como su cosa más santa: ahora
 tiene que
 encontrar ilusión y capricho incluso en
 lo más santo, de modo que robe el
 quedar libre de
 su amor: para ese robo se precisa el
 león.
 Pero decidme, hermanos míos, ¿qué es
 capaz de hacer el niño que ni siquiera el
 león ha
 podido hacer? ¿Por qué el león rapaz
 tiene que convertirse todavía en niño?
 Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo
 comienzo, un juego, una rueda que se
 mueve
 por sí misma, un primer movimiento, un
 santo decir sí.
 Sí, hermanos míos, para el juego del
 crear se precisa un santo decir sí: el
 espíritu quiere
 ahora su voluntad, el retirado del mundo
 conquista ahora su mundo.
 Tres transformaciones del espíritu os he
 mencionado: cómo el espíritu se
 convirtió en
 camello, y el camello en león, y el león,
 por fin, en niño. - -
 Así habló Zaratustra.

(...)

De los despreciadores del cuerpo

A los despreciadores del cuerpo quiero
 decirles mi palabra. No deben aprender
 ni enseñar
 otras doctrinas, sino tan sólo decir adiós
 a su propio cuerpo - y así enmudecer.
 «Cuerpo soy yo y alma» - así habla el
 niño. ¿Y por qué no hablar como los
 niños?

Pero el despierto, el sapiente, dice:
 cuerpo soy yo íntegramente, y ninguna
 otra cosa; y
 alma es sólo una palabra para designar
 algo en el cuerpo.
 El cuerpo es una gran razón, una
 pluralidad dotada de *un único* sentido,
 una guerra y
 una paz, un rebaño y un pastor(...)

Detrás de tus pensamientos y
 sentimientos, hermano mío, se
 encuentra un soberano poderoso,
 un sabio desconocido - llámase sí-
 mismo. En tu cuerpo habita, es tu
 cuerpo.
 Hay más razón en tu cuerpo que en tu
 mejor sabiduría. ¿Y quién sabe para qué
 necesita
 tu cuerpo precisamente tu mejor
 sabiduría?(...)

(...)

reunida en el mercado¹³ una gran
 muchedumbre: pues estaba prometida la
 exhibición de
 un volatinero. Y Zaratustra habló así al
 pueblo:
*Yo os enseño el superhombre*¹⁴. El
 hombre es algo que debe ser superado.
 ¿Qué habéis
 hecho para superarlo?
 Todos los seres han creado hasta ahora
 algo por encima de sí mismos: ¿y
 queréis ser
 vosotros el reflujo de ese gran flujo y
 retroceder al animal más bien que
 superar al hombre?
 ¿Qué es el mono para el hombre? Una
 irrisión o una vergüenza dolorosa. Y
 justo eso es
 lo que el hombre debe ser para el
 superhombre: una irrisión o una
 vergüenza dolorosa¹⁵.
 Habéis recorrido el camino que lleva
 desde el gusano hasta el hombre, y
 muchas cosas
 en vosotros continúan siendo gusano.
 En otro tiempo fuisteis monos, y
 también ahora es
 el hombre más mono que cualquier
 mono.

Y el más sabio de vosotros es tan sólo
un ser escindido, híbrido de planta y
fantasma.

Pero ¿os mando yo que os convirtáis en
fantasmas o en plantas?

¡Mirad, yo os enseño el superhombre!

El superhombre es el sentido de la
tierra. Diga vuestra voluntad: *¡sea* el
superhombre el

sentido de la tierra!

¡Yo os conjuro, hermanos míos,

permaneced fieles a la tierra y no creáis
a quienes os

hablan de esperanzas sobreterrenales!

Son envenenadores, lo sepan o no.

Son despreciadores de la vida, son
moribundos y están, ellos también,
envenenados, la

tierra está cansada de ellos: ¡ojalá
desaparezcan!

En otro tiempo el delito contra Dios era
el máximo delito, pero Dios ha muerto y
con Él

han muerto también esos delincuentes.

¡Ahora lo más horrible es delinquir
contra la tierra

y apreciar las entrañas de lo inescrutable
más que el sentido de la tierra!

En otro tiempo el alma miraba al cuerpo
con desprecio: y ese desprecio era
entonces lo

más alto: - el alma quería el cuerpo
flaco, feo, famélico. Así pensaba
escabullirse del
cuerpo y de la tierra.

Oh, también esa alma era flaca, fea y
famélica: ¡y la crueldad era la
voluptuosidad de
esa alma!

Mas vosotros también, hermanos míos,
decidme: ¿qué anuncia vuestro cuerpo
de vuestra

alma? ¿No es vuestra alma acaso
pobreza y suciedad y un lamentable
bienestar?

(...)

El hombre es una cuerda tendida entre
el animal y el superhombre, - una
cuerda sobre
un abismo.

Un peligroso pasar al otro lado, un
peligroso caminar, un peligroso mirar
atrás, un peligroso
estremecerse y pararse. La grandeza del
hombre está en ser un puente y no una
meta: lo que en el hombre se puede
amar es que es un tránsito y un ocaso
(...)

En todos los lugares donde encontré
seres vivos encontré voluntad de poder;
e incluso

en la voluntad del que sirve encontré
voluntad de ser señor.

A servir al más fuerte, a eso persuádele
al más débil su voluntad, la cual quiere
ser dueña

de lo que es más débil todavía: a ese
solo placer no le gusta renunciar.